

LA HOMOSEXUALIDAD, A ESCENA

teatro | expres

Telexpres, 29 octubre 1974

¿POR QUE ENGAÑARSE SOBRE LA AGONIA DEL TEATRO?



Después de una oleada de conspicuos observadores que han entonado fúnebres cánticos sobre la posible muerte del autor teatral, y sobre la posible muerte del teatro, vengo yo también a sumarme a la agonía pero con responso muy distinto.

Hay quien opina que esta falta de interés de nuestra sociedad por el arte dramático viene dada por dos constantes paralelas que la posibilitan: la férrea limitación de una censura, y el escaso índice de calidad de los pocos autores nuevos con que contamos. Sin duda alguna estas dos constantes influyen lo suyo si de forma continuada —como en este país— se confabulan, pero en el fondo no son más que secuelas de una enfermedad que tiene las raíces en otra zona: en la sociedad misma y su desarrollo.

De suyo el teatro no ha sido nunca un fenómeno popular. Que se escandalice quien quiera, pero echando un vistazo a la historia puede uno comprobar muy fácilmente el carácter restringido y clasista que ha rodeado todas las manifestaciones del drama. El tan aireado Siglo de Oro español lo fue gracias a la audiencia que los nobles prestaron a nuestros clásicos, y no a la dudosa proyección popular que pudieran tener. Esto se produce también en Francia con la terna famosa: Racine, Corneille y Molière; hoy se comprende perfectamente —por ejemplo— que Jean Baptiste Poquelin tuviese su gran momento a partir de que sus piezas entraron en palacio y fueron consumidas por la nobleza, esto es, la única «clase», reducida y selecta, que ha hecho posible la transmisión del teatro hasta nuestros días (el pueblo nos ha legado las fiestas populares, los espectáculos que hoy con tanto énfasis llamamos «parateatrales»).

La avalancha del XIX, y en cierto modo de la primera mitad del XX, no ha sido más que un pataleo inconsciente por querer colocar el teatro en un lugar que no le ha correspondido nunca. Después de 1792 en Francia, y de 1812 en España —y aun podría añadirse la fecha de 1831 para Inglaterra, el gran año de su expansión demográfica y social— surge una nueva «clase» intermedia, realquilada en un «status» que no le es propio, y que a pesar de sus logros revolucionarios no hará más que —aunque fuere de forma inconsciente— mimetizar los usos, vicios y costumbres de la «clase» superior que le antecede. Y el teatro, espectáculo de una minoría selecta por excelencia, es absorbido sintéticamente por el pueblo, sin preguntarse en el fondo el interés de esta absorción. De ahí arranca la historia del teatro moderno, la época más fértil y controvertido. De ahí arranca también el XX con todos los «ismos» a cuestas, y con la herencia de una forma artística que no le es propia, que ha sido mimetizada por sus inmediatos antepasados.

Antonin Artaud se equivocaba al aferrarse a una falsa sublimación del teatro como arte único. Es un completo error creer que el cine, por venir impreso en celuloide y filtrado por una máquina, no va a afectar íntimamente a nadie. Yo he visto llorar en muchas plateas cinematográficas; y he oído gritar al público de verdadero pánico. Yo mismo he llorado, he sentido un miedo atroz, y he gritado, en un cine. En un teatro nunca, porque la sensación de «comedia» es una barrera mucho más distanciadora e infranqueable que todos los celuloides y todas las cámaras que uno pueda imaginar.

Y sobre todo porque el cine es un arte propio de una clase, de una clase social amplia y extendida. El cine no nos ha llegado por mimetismo de un orbital superior.

Por esto creo que el teatro seguirá siempre en esta agonía perenne, en este litigio de una manifestación foránea, que en el fondo nos ha sido intercalada. Me refiero al teatro de autor, al teatro tradicional. Y me refiero también a un esquema normal de desarrollo; que en este país, la crisis se haya acentuado por aquellas dos constantes paralelas de que hablaba antes, ya es otro cantar.

F. MONEGAL

Entreabiertas algunas compuertas, rebajada la presión administrativa, la homosexualidad, que primero había invadido las pantallas, sale hoy al escenario para escándalo de puritanos y provecho de empresarios. Una cuarta parte de los espectáculos dramáticos de la actual cartelera (dos sobre ocho) se basan en la presencia de homosexuales. Es, al mismo tiempo, un récord y un indicio.

Ciertamente, durante muchos años la homosexualidad se ha manifestado en los teatros de la ciudad. Se trataba, sin embargo, de los escenarios-gheto de revista, enclavados en la Barcelona negra y secreta. Pero el Molino, por citar únicamente el más alto santuario del music-hall catalán, era una isla separada de la tierra firme del teatro de verso o prosa por océanos de prejuicios y de extraños hábitos. Se permitía que se consagrara, con honores de mito, a este gran Jhonson que sigue oficiando cada noche en olor de multitud, pero al mismo tiempo se fijaba cuidadosamente su demarcación. Ya se sabe que en los escenarios revisteriles siempre se ha tolerado lo que en otros se ha perseguido encarnizadamente. Mientras la censura tachaba con esmero cualquier expresión «dura» en los textos teatrales (a mí me han llegado a suprimir «maia llet»), ignoraba en las revistas la existencia de obscenidades difíciles, realmente, de superar, dando a entender, de este modo, que no todos los ciudadanos gozan de los mismos derechos, que mientras unos merecen ser protegidos —les guste o no, lo deseen o no— otros pueden ser abandonados a la procacidad y al tacco. Y es probable que, en perfecto acuerdo con los censores, ese mismo espectador que una vez al año, sobre todo después de las bodas, acudía al Molino a jalearse a Jhonson (con la oculta esperanza de un accidente en el vestuario de Mary Mistrall) se hubiese escandalizado vivamente si lo hubiese visto, pongamos por caso, en el Romea. En el arte, como en la vida, el «vicio» tiene sus espacios reservados.

Se rompe el cerco

Ahora, sin embargo, los homosexuales han roto el cerco. Están, sin que ocurra ninguna catástrofe, en dos escenarios prestigiosos —el del Romea y el del Poliorama—, en dos espectáculos muy distintos entre sí pero también muy semejantes. Uno es un vodevil y el otro —a pesar de sus pretensiones— un verdadero melodrama. Uno tiene éxito, a pesar de ser malo; el otro no, porque además de malo resulta aburrido, lo cual constituye la forma más perversa de maldad.

«Quan va ser el darrer cop que vas veure la mare?» (Romea) se presenta como una obra sobre la homosexualidad y pertenece, en este sentido, a lo que podríamos denominar «teatro de problemas», a un teatro que, como ciertas colecciones de

divulgación, toma la realidad, la parcela y trata cada una de las partes —la contaminación, el celibato sacerdotal, el adulterio, la trata de blancas— por separado, como problema específico, con todas las distorsiones que puede entrañar este aislamiento: la imposibilidad, entre otras cosas, de contemplar el origen común de muchos de esos problemas, de comprender que aun requiriendo soluciones técnicas distintas, estas soluciones reclaman un mismo tipo de transformaciones globales.

Pero ¿es realmente la de Christopher Hampton una obra sobre la homosexualidad? Ciertamente, en ella se dan amores entre personas del mismo sexo —aunque, en verdad, sólo se consuman los heterosexuales— pero estos amores son idénticos a los que podrían existir entre un hombre y una mujer. A lo largo de dos horas, asistimos a las continuas disputas doméstico-sentimentales de dos adolescentes británicos (encarnados, para confusión del público, por dos actores nada adolescentes) según el viejo esquema del amor no correspondido: celos, querrelas, pequeñas venganzas, rupturas. Asistimos, en una palabra, a la laboriosa confrontación de unos seres incapaces todavía de asumir su sexualidad —poco definida en cuanto al objeto, aún dudosa— y que soportan mal las cargas de un complejo de Edipo tratado por el autor de forma tan tópica como primaria.

Pero del verdadero problema de la homosexualidad, nada. A juzgar por «Quan va ser el darrer cop que vas veure la mare?», las relaciones homosexuales no plantean ninguna dificultad suplementaria, no desencadenan ni mecanismos de culpabilidad, ni de marginación. Se comprende perfectamente: en la obra de Hampton la sociedad no existe. Sólo existe el mundo, cerrado sobre sí mismo, de los sentimientos, de las psicologías enfrentadas, del deseo y de la indiferencia. Y como broche de oro, una condena implícita de la homosexualidad. Implícita, pero evidente: al asociar a estos amores griegos la muerte de uno de los personajes, la pasión ilícita aparece como la causa profunda de dicha muerte. Los «delincuentes» son moralmente



castigados, cumpliéndose así uno de los grandes principios de los reglamentos, según el cual ningún delito puede quedar impune.

¿Son libres las mariposas?

«Sé infiel y no mires con quién», (Poliorama), que juega con los mismos elementos escénicos que «Quan va ser el darrer cop que vas veure la mare?» (un tresillo y una cama) es la típica comedia de equivoco que se repite siempre a sí misma con pequeñas variaciones. En este caso, la variación consiste en que la acción gira en torno a un personaje sexualmente invertido. Dicho en otras palabras, no trata de la homosexualidad, pero en la panoplia de sus personajes aparece uno que milita en ella y que convive con personas heterosexuales. Hasta aquí, todo bien. Por fin —nos decimos— podemos ver en el escenario algo que hasta hora, a pesar de formar parte de la realidad, era teatralmente inexistente. Pero apenas aparece en escena Paco Morán nos damos cuenta del engaño. Durante siglos, tam-

poco el campesino y el proletario tenían existencia artística y cuando excepcionalmente la tuvieron fue para hacer reír, como personajes subalternos cuya utilidad consistía en acentuar por contraste la dignidad de los demás, su innata superioridad. Lo mismo ocurre ahora con el



homosexual de Moran: está ahí como recurso cómico, para provocar, con los trucos más sobados que en el arte son, la hilaridad del público en general y de las mariposas en particular. Morán no sólo confunde la homosexualidad con el mariposeo, sino que además lo hace sin la menor imaginación, en una interpretación verdaderamente deleznable e insultante —supongo— para los verdaderos homosexuales.

Pero el pastel tiene sorpresa. Súbitamente, los autores de «Sé infiel y no mires con quién» ponen en conocimiento del distinguido público que Oscar Jefferson no es un invertido; simplemente, por razones profesionales —¡es decorador!— se hace pasar por tal, pero lo que realmente le gusta es pellizcar nalgas femeninas. Este hecho tiene dos consecuencias. En primer lugar, permite medir la incompetencia artística de Morán, incapaz de abandonar su mariposeo en los momentos en que la situación no le obliga a simular, y dando lugar a las escenas heterosexuales más grotescas que se pueden imaginar.

No es oro todo lo que reluce

En segundo lugar, y con la ayuda de «Quan va ser el darrer cop que vas veure la mare?», nos permite comprender los verdaderos límites de la actual permisividad social. Los homosexuales son tolerados en el escenario si son falsos (aunque a pesar de esta falsedad den bochornosos espectáculos), o si son castigados convenientemente a causa de sus pecados. Dicho de otro modo, y a despecho de las apariencias, la verdadera entrada de los homosexuales en el teatro no se ha producido todavía. Sólo se dará el día en que, dentro de este teatro de «problemas» que gusta tratar los grandes temas de nuestro siglo, alguien aborde realmente los que plantea el fenómeno, o en que hombres y mujeres homosexuales aparezcan en los escenarios no para reírse de ellos o fusilarlos por el mero hecho de ser lo que son, sino como un elemento más de una realidad compleja, múltiple y cambiante. De momento, sólo moralismo y mariposeo.

Jaume MELENDRES

GUIA DEL ESPECTADOR INDEPENDIENTE

Cambios en Granollers

La organización del II Cicle de Teatre de Granollers nos comunica las siguientes modificaciones en la programación:

- Sábado, día 9 de noviembre, «RRRPRRR», de Joan Brossa, por el grupo El Globus, de Terrassa (en sustitución de «A CEIA»).
- Sábado, 7 de diciembre, «A CEIA», por «A Comuna», de Lisboa (en sustitución de «LA NAU», de J. M. Benet, por «El Globus»).

P. T. V. en Barcelona

El Pequeño Teatro de Valencia anuncia para el sábado 2 de noviembre y el lunes 4 de noviembre, a las 10'45 de la noche, sendas representaciones de «LAS MARIPOSAS», de Jaime Carballo, uno de los espectáculos más importantes del teatro independiente valenciano. Dentro del mismo programa, Francesc Vera cantará poemas de Espriu, Raimon, Andrés Estellés y otros. Las sesiones tendrán lugar en el Instituto Norteamericano, Vía Augusta, 123.